Lección 9
(22 al 29 de Agosto de 2009)

Creer en el Hijo de Dios

Dr. José Carlos Ramos

Creer en Jesús es una condición *sine que non* para que seamos salvos.

Es maravillosa la manera en cómo nos amó Dios al enviar a su Hijo Unigénito para ser nuestro Salvador; es inspirador acompañar su trayecto por este mundo, sus obras de misericordia, sus mensajes llenos de perdón y cobijo, su abnegación y espíritu de sacrificio demostrados, a punto tal de ofrecer su vida para redimirnos. Pero si no creemos en Él, si no lo aceptamos como nuestro Salvador y Señor, ¡todo será en vano! Estaremos tan perdidos como si Dios no nos hubiera amado, y como si Jesús no hubiera venido a este mundo a salvarnos.

Tal como lo enfatiza la Lección, tenemos que creer en aquél Jesús sobre el cual las Escrituras dan testimonio, y no al mutilado Jesús de los conceptos humanos; al Jesús distorsionado del liberalismo teológico, que no hace otra cosa que lanzar al hombre al laberinto de la duda, robándole el mayor Don que le ha otorgado el Cielo: la fe. Y sacando la fe, le quita todo. Excluyendo el Cristo de la fe, eliminando las cualidades que hacen del Cristo histórico de los Evangelios el verdadero Mesías, el liberalismo termina por ofrecer apenas una salvación espectral. Un Cristo que no sea histórico, ni de la fe, ¡es el Cristo de la nada!

No, esos tipos de Jesús no sirven. Tenemos que quedarnos con el genuino, el Cristo de los Evangelios. Y en Él tenemos que creer si queremos ser salvos. Eso es muy importante en los días en los que nos toca vivir, cuando hay nuevas teorías y divagaciones (en realidad, nuevas manifestaciones de antiguas herejías) que están surgiendo, incluso dentro de las mismas filas del pueblo de Dios.

Enternecido por el amor divino que hizo posible "una salvación tan grande" (Hebreos 2:3), el apóstol Juan no pudo permanecer impasible, dejando de hacer una referencia al imperativo de creer en el Jesús de la fe. Y lo hizo primordialmente para combatir las herejías que estaban poniendo en duda la virtud salvífica de lo que Jesús había logrado y sigue haciendo por el pecador.

Creer en Jesús y la victoria (1 Juan 5:1-4)

La victoria que se obtiene por le fe en Jesús no es otra sino su propia victoria aplicada a nuestra experiencia. Por lo tanto, es una victoria de naturaleza espiritual. La Lección admite este hecho al declarar que “la batalla que tienen que pelear los cristianos es una batalla espiritual. En los escritos del apóstol Juan, la forma de vencer no es por el uso de la violencia y la fuerza física. La forma de vencer es por la fe, y la fe se muestra por la clase de vida que la persona vive”. [1] John Milton, autor de El paraíso perdido, dijo: “Quien vence por la fuerza vence al enemigo sólo por la mitad”. Y yo agrego que vencer al enemigo “sólo por la mitad” es adjudicarle la victoria completa.

La Lección añade: “El conquistador por excelencia es Cristo Jesús. Por cuanto Él ha ganado la victoria, sus seguidores también son capaces de vencer. Hasta cierto punto, ellos *ya* tienen la victoria, la victoria de Él en favor de ellos”. [2] En otras palabras, Jesús logró la victoria no sólo para sí, sino también para su pueblo, de manera que si tenemos a Jesús, ya somos victoriosos; pero si no lo tenemos, estamos derrotados.

Esta victoria, está claro, se tiene que repetir cotidianamente, según prosiga la vida. Apocalipsis toca este punto al afirmar que, en el contexto de la batalla final, “Pelearán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá… y los que están con Él son llamados elegidos y fieles” (17:17). Los actos de “llamar” y “elegir” son divinos (de hecho, la salvación es un don exclusivo de Dios), pero el ser “fiel” depende de nuestra decisión y esfuerzo, más allá del hecho de que es Dios quien provee los recursos para la fidelidad.

De allí que debamos ejercer una fe legítima en Jesús, de donde obtendremos fuerzas para proseguir perseverantes en la fidelidad, y quien “persevere hasta el fin, ése será salvo” (Mateo 24:13). Eso indica que el gran conflicto, en lo tocante a nosotros, se libra en nuestra mente, y allí es donde necesita ser ganada la victoria. Tal como lo afirmó H. H. Farmer, “las victorias de Dios se alcanzas únicamente en el campo de batalla del corazón humano”. Y si allí logramos la victoria, podemos unir nuestra voz a la de Henry W. Beecher, quien afirmó: “Una victoria dentro nuestro es mil veces más gloriosa que una victoria fuera de nosotros”.

Las declaraciones de Juan con respecto a la victoria que el cristiano disfruta tienen que ver con la diseminación del engaño que estaba dándose entre los creyentes de su comunidad. Eso estaba minando la fe de ellos, y Juan dejó bien en claro que no podían prestar oídos a los disidentes si realmente querían ser victoriosos en Cristo. Tal como lo observa la Lección, los falsos conceptos “estaban impactando las mentes de los creyentes”. [3]

No debemos prestar oído a lo que cualquier disidencia anuncie, aún cuando se presente con aires de traer “nueva luz para su pueblo”. ¿No sería esa la actitud que deberíamos tomar, puesto que el enemigo aún continúa obrando para debilitar nuestra fe? La realidad es que él ya ha sido vencido, y lo que desea es que nosotros también lo seamos. ¿Se lo permitiremos?

El Jesús en quien creemos (1 Juan 5:6-8)

---

[1] Ekkehardt Mueller, *Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan*, p. 108.
[2] *Ibíd.*
[3] Ibíd., p. 109.

El Jesús en quien necesitamos creer es aquél que “vino por agua y sangre; no vino sólo por agua, sino mediante el agua y la sangre” (versículo 6). Tal como lo explicita claramente la Lección, el “agua” hace alusión al bautismo de Jesús, evento que marcó el comienzo de su ministerio en este mundo; y la “sangre” hace referencia a su muerte, lo que marcó la finalización de dicho ministerio, dando por ejecutado el plan de salvación. Sus palabras al expirar, “consumado es” (Juan 19:30), atestiguan ese hecho.

En el bautismo de Cristo se escuchó una voz que venía del cielo, la voz del Padre, que dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mateo 3:17). En la cruz, no se oyó ninguna voz celestial, pero el testimonio humano fue contundente: “¡Realmente, este hombre era Hijo de Dios!” (Marcos 15:39). Así, la filiación divina de Jesús fue confirmada en el principio y el la conclusión de su ministerio. Un Jesús diferente al que recibiera la autentificación del cielo y de la tierra sería simplemente incapaz de salvar.

Es evidente que Juan, con su abalado testimonio apostólico, contestó frontalmente a los disidentes. Tal como ya ha sido referido en comentarios anteriores, [4] ellos trataban de imponer una distinción crítica entre Jesús y Cristo. Para ellos, Jesús, aunque extraordinario, era un hombre común, hijo natural de José y María. En ocasión de su bautismo, Cristo se había unido a él, pero lo abandonó poco antes de la cruz. Por lo tanto, la muerte de Jesús para ellos no era más salvífica que la muerte de cualquier otro mártir.

Tal como lo declara la Lección, “Si Jesús no fue el Mesías ni el Hijo de Dios, el mensaje de los falsos maestros sería: *La muerte expiatoria del Hijo de Dios no es necesaria para nuestra salvación. El Hijo de Dios no murió en la cruz en lugar de nosotros a fin de redimirnos*. Tal concepto llevaría a una comprensión completamente diferente de la salvación y la Deidad”. Y eso Juan no lo podía tolerar, y contra ello advirtió enérgicamente a su rebaño. “El no quería que las personas fueran engañadas por estas falsas enseñanzas”. [5]

La lección se pregunta: “¿De qué modo hemos de experimentar la realidad del agua y la sangre en nuestras propias vidas?”. Paralelamente, en nuestro caso, el bautismo en el agua solo es insuficiente para la salvación, más allá del hecho de que sea un requerimiento para la salvación (ver Marcos 16:16); es necesario prioritariamente que la “sangre”, esto es, la aceptación de Jesús como Salvador y Señor. Es por eso que este pasaje de Marcos asevera que “el que *cree* [primeramente] y [después] sea bautizado, será salvo”.

De este modo el bautismo no es el objetivo principal de la predicación (ver 1 Corintios 1:17), sino el de llevar a los pecadores a los pies de Cristo en una experiencia real de conversión. Una vez consumado esto, debe ser efectiva una confirmación pública de esta experiencia con la administración del bautismo, cuyo valor deriva exclusivamente del valor infinitamente superior del acto precedente.

La meta del evangelismo apostólico (y eso no fue diferente con Juan) siempre fue, de hecho, que únicamente fueran bautizados aquellos a quienes Cristo se había converti-

---

[4] Ver la cuarta sección del comentario de la Lección 1.

[5] Mueller, p. 109; énfasis original del autor.

do en el Señor supremo de la vida. El bautismo (el “agua” en el lenguaje de Juan), sin la consolidación de esta experiencia (la “sangre” en el lenguaje del apóstol), es inútil. Para consolidar nuestra salvación, es necesario que Jesús haya venido a nosotros no sólo por medio del “agua”, sino –antes que nada– a través de la “sangre”.

Jesús y el testimonio de Dios (1 Juan 5:9, 10)

Hay tres testigos que dan su declaración testimonial a favor de la filiación divina de Jesús: el agua, la sangre y el Espíritu Santo (versículos 7, 8).

Con respecto al testimonio de parte del agua y la sangre, eso ya ha sido considerado en la sección previa de este comentario. El Espíritu Santo es aquél que sella el testimonio, de manera especial en la mente del ser humano, llevándolo a la convicción de sus pecados y a la aceptación del Medio provisto por Dios para el perdón y la salvación.

La Lección nos recuerda que, de manera especial en el cuarto Evangelio, se declara que el Espíritu Santo vendría para testificar de Jesús. Además, cumpliría –tal como efectivamente lo hizo– siete actividades, todas con el objetivo de exaltar a Jesús:

1. *Enseñar*,
2. *Hacer recordar* todo lo que Jesús había dicho (Juan 14:26).
3. Dar testimonio de Jesús (Juan 15:26).
4. *Convencer* de *pecado*, porque el mundo no cree en Jesús; de *justicia*, porque Él fue al Padre; y de *juicio*, porque Satanás fue juzgado y derrotado (Juan 16:8).
5. *Guiar a toda la verdad,* y según Juan 14:6, Jesús es la verdad (Juan 16:13).
6. *Declarar* o *anunciar* lo que Jesús le entregaría de parte del Padre (Juan 16:13-15).
7. *Glorificar* a Cristo (Juan 16:14).

Apocalipsis se refiere a Cristo como los siete Espíritus de Dios (Apocalipsis 1:4, 5; 4:5). Siete es el número de la plenitud. El Espíritu logra la plenitud en esta séptuple actividad cristocéntrica.

Todo esto es fundamental para el plan de redención ya que, sin la obra del Espíritu, sería como si Jesús nunca se hubiera encarnado y Dios nunca se hubiera manifestado. El habilita al hombre a entender la salvación y a responder afirmativamente a ella. Sin él, la Iglesia no podría cumplir con su misión, y estaríamos condenados a permanecer indefinidamente en este mundo.

Es por esta razón que el testimonio proveniente del Espíritu es fundamental. Es Él que hace efectivo todos los testimonios a favor de Jesús, a los cuales se hace referencia en la Lección (ver el primer párrafo que sigue a la pregunta). Todos ellos confirman el testimonio del propio Padre, esto es, el testimonio de Dios, el cual es infinitamente mayor que el testimonio humano (versículo 10). “Juan dice que, si estamos dispuestos a aceptar el testimonio de los seres humanos, ¿cuánto más deberíamos estar dispuestos a aceptar el testimonio de Dios mismo, y creer en Jesús como lo describe el Nuevo Tes-

tamento?”. [6] La fe, aquí, significa una plena aceptación de lo que Jesús dice, y aquellos que –por aceptar las falsas enseñanzas– pasan a dudar de las verdades reveladas de Jesús están haciendo pasar por mentiroso a Dios (versículo 10).

El tema de la Trinidad (1 Juan 5:7, 8)

La expresión “en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra” debe ser considerada una interpolación al texto original. Esta parte del texto juanino jamás debería ser utilizada como argumento a favor de la doctrina de la Trinidad, aún cuando no haría falta para esta finalidad. Hay varios otros pasajes, preservados en su total integridad, que mencionan a las tres personas de la Divinidad con suficiente claridad para que no quede ninguna duda con respecto a lo que debemos creer. El más citado entre ellos es, sin duda, el de Mateo 28:19.

En los escritos juaninos, sin embargo, es donde encontramos las declaraciones más concluyentes que terminan por establecer el enunciado de la doctrina. Tal como lo aclara la Lección, “aún sin estas palabras [la declaración añadida] la doctrina de la Trinidad está firmemente establecida en los escritos juaninos”. Y a continuación de la pregunta, enumera seis pasajes de los escritos de Juan que implican la divinidad de Jesús como idéntica a la del Padre. Agrego que también el Espíritu Santo es referido como divino, especialmente en dos textos: Juan 1:1 y 14:6. Para comprobar este hecho, tenemos que volcar un poco nuestra atención a la lengua original del texto.

📖 Juan 1:1: “el Verbo era Dios”. Los Testigos de Jehová traducen esta expresión “La Palabra era un dios” (ver la *Versión del Nuevo Mundo*). Para ello, alegan que –en el original griego– la palabra Dios (*Theós*), cuando hace alusión al Padre, es seguida del artículo definido, lo que no sucede cuando hace alusión al Hijo. Y considerando el hecho de que, en ese idioma, no existe el artículo indefinido, se sobreentiende (para ellos) que ante la ausencia del definido, se aplicaría a Jesús un sentido indefinido, o sea “un Dios”.

Esta conclusión, sin embargo, es totalmente errónea porque no tiene en cuenta una de las más elementales reglas de la lengua griega con respecto a ese hecho: la así conocida como regla de Colwell. Esta determina que *un predicado nominativo definido tiene el artículo cuando sigue al verbo; y no lo tiene cuando precede al verbo. La ausencia del artículo no hace indefinido o calificativo al predicado cuando precede al verbo*.

En Hechos 28:6, por ejemplo, *theón*, sin artículo, sucede al verbo; por lo que –a la luz de la regla enunciada en el párrafo anterior– la única traducción posible es “un dios”. Pero en Juan 1, lo correcto es tal como aparece en la mayoría de nuestras Biblias: “el Verbo era Dios”, pues en la fórmula original (*theós ēn ho logos), theós* (Dios) antecede al verbo (*ēn* = era). El contraste con el versículo 14 confirma esto: *ho lógos sárks eghéneto*, “el Verbo se hizo carne”, y no “se hizo *una* carne”, pues *sárks* (“carne”), que no está acompañado de vocal, antecede al verbo (*eghéneto* = “se hizo”).

---

[6] Mueller, p. 110.

Nótese que Juan podría haber utilizado otra expresión con *theós* precediendo al verbo: *ho lógos theós ēn*, lo que exigiría la misma traducción, "el Verbo era Dios". Pero si lo hubiera hecho, estaría afirmando que únicamente *Lógos* ("el Verbo"), y nadie más, sería poseedor de la misma esencia o naturaleza divina de Dios. En otras palabras, la Divinidad estaría reducida, tal como preferirían muchos anti trinitarios, a sólo dos personas (el Padre y el Hijo), no habiendo lugar para el Espíritu Santo. Por el modo con el que Juan escribió, afirmó –de hecho– que antes de la encarnación, *Lógos* era exclusivamente "Dios", y nada más, al tiempo que dejó espacio para la existencia de otro Ser plenamente divino además del Padre y del Hijo, en este caso, el Espíritu Santo.

📖 Juan 14:16: "otro Consolador". La referencia aquí es al Espíritu Santo (ver los versículos 17 y 26). "Consolador" es la traducción del vocablo *paráklētos*, utilizado en 1 Juan 2:1 aplicado a Jesús, implicando personalidad, por lo que el Espíritu Santo es una persona, y de la misma calidad de Jesús; "otro" es la traducción del griego *állos*, expresión que significa "otro de la misma especie o naturaleza". El Consolador prometido es Alguien tan divino como Jesús.

Pero, ¿cuál es la calidad de la divinidad de Jesús? Como acabamos de observar, según Juan 1:1, su divinidad es plena. El Espíritu de Profecía concuerda: "Cristo era Dios esencialmente y en sentido más elevado. Era con Dios desde toda la eternidad, Dios sobre todo". [7] Si es así con el primer Consolador, así es con el segundo. El mismo Espíritu de Profecía confirma este hecho: "El Consolador que Cristo prometió enviar después de ascender al cielo, es el *Espíritu en toda la plenitud de la Divinidad*, poniendo de manifiesto el poder de la gracia divina a todos los que reciben a Cristo y creen en él como un Salvador personal". [8] "Toda la plenitud de la Deidad" es lo que justamente Colosenses 2:9 afirma que reside corporalmente en Cristo.

Es un hecho, el Espíritu Santo es el segundo Consolador, de la misma naturaleza divina del primero.

El resultado de creer en Jesús (1 Juan 5:11, 12)

Juan no podía dejar de mencionar de modo claro y objetivo el resultado de creer en Jesús: Dios "nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo". Notemos que el escritor no está diciendo "Dios nos *dará* la vida eterna", sino "nos *ha dado*". En otras palabras, la salvación es un don inmediato, que no sólo se nos otorgará en el futuro, sino algo que ya nos ha sido otorgado: "El que cree en el Hijo tiene [no es que *tendrá*, sino que ya la *tiene*] la vida eterna" (Juan 3:36).

Pero, ¡cuidado! Esto no tiene nada que ver con el presuntuoso sentimiento de que "una vez salvo, salvo para siempre", pues esta vida eterna que Dios ya nos ha dado todavía no está en nosotros, "está en su Hijo" (1 Juan 5:11), razón por la cual, "el que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de dios, no tiene la vida" (versículo 12).

---

[7] Elena G. de White, *Signs of the Times*, 10 de mayo, 1899; citado en *Exaltad a Jesús*, p. 10; Mensajes selectos, tomo 1, p. 291.
[8] Elena G. de White, *Special Testimonies*, serie B, Nº 7, pp. 62, 63, 1905; citado en *El evangelismo*, p. 446; *Dios nos cuida*, p. 237; énfasis añadido.

Por lo tanto, tener a Jesús es el secreto para la vida eterna. Pero tiene que ser el Jesús de la Biblia, el Divino y Humano, sino pecado, Aquél que murió por nosotros, resucitó para nuestro bien, que actúa en nuestro favor en el Santuario Celestial y que vendrá para completar nuestro gozo. El Jesús minimizado, reducido, rebajado, amenguado por la disidencia no tiene la más mínima posibilidad. Tal como dice la Lección, "los adversarios de Juan –que cuestionaban la verdadera divinidad de Cristo, o que ponían en duda la verdadera humanidad de Cristo o que querían separar lo divino de lo humano– tenían un concepto diferente de Jesús y no creían en Él en el sentido bíblico. Por cuanto ellos no tenían al Jesús de las Escrituras, no tenían vida eterna". [9]

Necesitamos continuar con el Hijo hasta que nos veamos salvos para siempre. Esto, obviamente, será una realidad cuando entremos por los portales de gloria. Si antes de ese momento, naturalmente por amor o apego al pecado, perdemos al Hijo, perderemos la vida eterna.

¡No permitamos que tal cosa acontezca!

Dr. José Carlos Ramos
Profesor de Teología
Universidad Adventista de San Pablo (UNASP)
Campus Engenheiro Coelho



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

---

[9] Mueller, p. 112.